



"PUEBLA 78"

TEMORES

Y

ESPERANZAS

P. J.B. Libanio, S.J.

El P. Libanio, conocido teólogo brasileño, describe brevemente los cambios ocurridos desde la Asamblea de Medellín en el contexto latinoamericano y formula los temores y esperanzas que suscita la anunciada Asamblea de Puebla.

Con ocasión del décimo aniversario de la que tuvo lugar en Medellín, ha sido convocada la III Conferencia General del Episcopado Latinoamericano. En estos diez años transcurridos, ¿qué ha pasado con el "espíritu de Medellín"? ¿Ha crecido vigoroso en toda la A.L. o más bien ha menguado con el correr de los años y los problemas?. ¿La nueva Asamblea General de Puebla se presenta llena de esperanzas de una profundización y avance o se teme por el contrario un retroceso?. Son preguntas que corren entre quienes se sienten preocupados y comprometidos con la problemática actual de nuestro continente.

Para clarificar tales preguntas, precisamos situarnos en el contexto histórico, socio-cultural en que nacieron las declaraciones de Medellín y detectar los principales cambios ocurridos desde entonces, junto con las esperanzas y temores que tales cambios provocan en nosotros.

CONTEXTO HISTORICO, SOCIO-CULTURAL DE MEDELLIN.

A primera vista los documentos emanados de la II Conferencia General del Episcopado Latinoamericano son desconcertantes. ¿Cómo es posible que un episcopado que durante el Vaticano II se presenta, con honrosas excepciones, como extremadamente conservador, reunido en uno de los países más tradicionales del Continente, pueda haber producido unos textos teológicamente tan avanzados y comprometidos con la realidad socio-política, en continuidad crítica con la *Gaudium et Spes* y las encíclicas sociales de Juan XXIII y Pablo VI?. Quizás podamos apuntar algunos factores que tuvieron influencia decisiva en los medios latinoamericanos hasta el punto de provocar un cambio de mentalidad en muchos obispos hasta el grado de suscribir los Documentos de Medellín.

La década de los 50 se caracterizó en nuestro Continente por una euforia desarrollista. El subdesarrollo económico de los países de A.L. fue entendido como un momento de una evolución histórica, que hasta entonces había sido muy lenta y que ahora estaban todos interesados en acelerar. El subdesarrollo como etapa previa al desarrollo debe ser superado por medio de un impulso de crecimiento capaz de producir el "*take off*" definitivo hacia la era del progreso. Para ello, era indispensable la presencia de capital y tecnología. Naturalmente los países pobres no podían confiar en sus propios ahorros y necesitaban divisas extranjeras para importar bienes de capital y tecnología. Se abrieron las puertas al capital extranjero y la tecnología avanzada, a través sobre todo de las multinacionales y empréstitos comerciales.

En la década del 60, desembocará precisamente en Medellín, surgen críticas a la inconsistencia de la posición desarrollista. El subdesarrollo no es una etapa previa al de-

sarrollo, que se franquea en el momento en que un país alcanza un producto interno bruto y una renta por cápita de grado más elevado, con la consecuencia de una mayor abundancia y diversificación de los bienes de consumo y creación de infraestructuras. Su superación por tanto no se logra intrasistemáticamente con la aceleración y modernización del proceso productivo, sino a través de una ruptura radical del sistema que mantiene a los países- y dentro de los países a las regiones, en un estado permanente de empobrecimiento, de subdesarrollo. Dentro de este movimiento de crítica al modelo económico desarrollista y de una perspectiva de "desarrollo integral" y de "liberación", se sitúa Medellín. Así los textos conjugan en su vocabulario tanto el término "desarrollo" como el de "liberación". Con el término "desarrollo", ya en una perspectiva más amplia que la de la ideología desarrollista, se quiere entender la promoción de todos los hombres y de todo el hombre, y no simplemente del nivel económico.

De hecho tanto las dos encíclicas de Pablo VI *Populorum Progressio* y *Humanae Vitae* como su Discurso de Apertura marcarán mucho los textos de Medellín. Al mismo tiempo aflorarán términos como "cambio" y "liberación", ligados a una comprensión de A.L. dentro del esquema "dependencia-liberación", que ocupará el horizonte de la reflexión teológica en la siguiente década con el surgimiento explícito de la Teología de la Liberación.

No podemos olvidar que el año 1968 fue en todo el mundo un año de gran ebullición. La revuelta estudiantil en Francia. En EE.UU. estaba en plena efervescencia el movimiento contra la guerra de Vietnam, iniciado dos años antes en Berkeley, que polariza todos los descontentos y protestas.

Ni podemos, a nivel de A.L., olvidar el impacto causado en 1959 por la victoria de Fidel Castro y la implantación de un régimen comunista en el corazón del Continente. Como efecto de ello surgen movimientos sin número en otros países: Tupamaros, MIR, ERP, etc. La figura de Camilo Torres, muerto en 1966, se convierte para muchos cristianos en símbolo que ejerce una fuerza revolucionaria. La acción

del Che Guevara en Bolivia y su muerte inspiran a los grupos revolucionarios. En Brasil el año 1968 se presenta marcado por movimientos estudiantiles y tentativas de paro tras el período de pasividad que siguió a la implantación del régimen en 1964. Podemos decir que se juega en A.L. una auténtica guerra ideológica entre las posiciones extremas. En 1967 la misión Rockefeller elabora su relación sobre la situación de agitación de A.L., en base a la cual se crearán estrategias y tácticas para contrarestar la tendencia revolucionaria. Medellín refleja esta tensión: por un lado el violento surgimiento revolucionario de izquierda, de otro la no menos violenta reacción de las fuerzas conservadoras en defensa de sus tradiciones, que se identifican en el fondo con el sistema económico neo-capitalista. Si en algunos países estaban en auge las fuerzas de izquierda, en Brasil ya había sucedido lo contrario. Es un momento de contradicciones y confusión ideológica.

Dentro de la Iglesia reinaba una gran libertad de discusión, una gran apertura en el campo social, bajo la presión de los acontecimientos de la escena mundial. Se vivía el clima de diálogo, ecumenismo y libertad creado por el Vaticano II. Bajo el imperativo categórico de realizar nuevas experiencias, de responder a los anhelos de radical transformación llegados de todas partes, de poder estar presente en un mundo en cambio profundo, la Iglesia percibía que sin una enorme apertura y libertad, no conseguiría hablar al mundo presente. El proceso de cambio de A.L. estaba en marcha. O la Iglesia se esforzaba por comprenderlo y hacerse así capaz de participar en él con su función de inspiradora, dándole un sello cristiano, o se realizaría bajo la égida de ideologías ateas. En el documento de Introducción aparece esta conciencia de las veloces transformaciones por que A.L. está pasando y de que esto indica que nos encontramos en el umbral de una nueva época histórica de nuestro continente.

En esta conciencia de presencia en los procesos transformativos aparece un elemento nuevo. Hasta entonces la Iglesia había estado siempre presente en la construcción de las sociedades latinoamericanas. Pero al lado del Estado y las clases dominantes. Ahora reconoce la existencia de

otros grupos, de otras fuerzas de liberación, otros movimientos que asumen el proceso de transformación, que no son las fuerzas del Estado y los grupos dominantes. Y la Iglesia siente que no puede mantenerse ausente y dejar que otras banderas asuman el monopolio del proceso de liberación. Los documentos de Medellín muestran el descubrimiento que la Iglesia hace de las clases populares. Es el comienzo de un proceso.

Resumiendo podemos decir que los obispos en Medellín se encontraban bajo la urgencia de una situación en fuerte fermentación socio-política. Parecía en aquella época que A.L. tenía la posibilidad de asumir un proceso de transformación social en una línea no capitalista, más socializante. El gran temor era que eso se hiciese en oposición a la tradición cristiana del continente. La presencia de los cristianos por medio de la orientación abierta y valiente de la Iglesia podría garantizar que el proceso se realizara dentro de una orientación cristiana y no necesariamente totalitaria y anticristiana.

Pasaron los años y la conciencia del momento histórico de 1968 se esfumó. Los Documentos sin embargo permanecen escritos. Han sido sujetos a muchas críticas. Las más constantes son las que se refieren a su método y lenguaje. El corte epistemológico entre los análisis sociales y las reflexiones teológicas no se hace siempre con rigor. No son ni buena sociología ni buena teología. Padecen de una ambigüedad fundamental con sus mezclas semánticas. Las reflexiones teológicas sufren de generalizaciones fáciles y rápidas. De notan así cierto carácter ideológico ya que no conservan la pureza epistemológica.

Evidentemente tales críticas no carecen totalmente de fundamento. Sin embargo, pecan de estrechez de horizonte crítico. Debemos distinguir los documentos de Medellín en cuanto representan un discurso global y en cuanto reflejan un lenguaje determinado, parcial. En cuanto discurso parcial, con su estructura lingüística propia, presentan, de hecho, muchas limitaciones, fruto sobre todo de la urgencia de los acontecimientos. No fueron fruto de una lenta maduración, sino fundidos en el crisol de las tensiones internas

de la misma Asamblea. Eran situaciones relativamente nuevas para muchos obispos que pertenecían a jerarquías tranquilas y conservadoras. En esos momentos el lenguaje de compromiso, de tolerancia, de conciliación se impone, cargando el texto de ambigüedades y duplicidades. La Teología no mantuvo quizás suficientemente su autonomía. Había hasta entonces reflexionado escasamente sobre su "episteme" propia de frente a tales problemas. La *Gaudium et Spes* había sido un primer ensayo. Medellín tenía que continuar por la misma línea. El tiempo para madurar tal método era demasiado corto. Se buscaba también una autonomía latinoamericana, queriendo romper con la excesiva dependencia europea en el modo de realizar la práctica teológica. Eran los primeros pasos de la Teología de la Liberación, que iba realmente a surgir con mucho más vigor en la siguiente década. Faltó ciertamente una reflexión más tranquila y madura. Son estas consideraciones sobre el discurso parcial.

Con todo, lo más importante de los documentos es el "*discurso global*". Discurso de la Iglesia de un Continente que asumió una posición abierta y valiente ante el proceso social de transformación, ya no como aliada del Estado y las clases dominantes. Es un discurso que significa políticamente un enorme giro en la Iglesia latinoamericana oficial. Naturalmente que ya muchas comunidades latinoamericanas seguían desde hace tiempo este nuevo camino. Pero Medellín significa la legitimación de esa situación y deslegitima en cierto modo una Iglesia en alianza con las oligarquías y clases dominantes del Continente. Discurso sumamente importante como fortalecimiento de líneas hasta entonces frágiles y desprotegidas, sobre todo porque después de una ruptura semejante con las clases privilegiadas no faltaron persecuciones, amenazas, sospechas, calumnias. Y Medellín se transformará en bandera legitimadora de la eclesialidad del proceso de liberación asumido por grupos y comunidades eclesiales. Un catolicismo tradicional, y a veces hasta reaccionario, no podrá en adelante cobijarse bajo la tranquila protección eclesial. Por el contrario se sentirá continuamente incomodado por sucesivas declaraciones que seguirán las pistas abiertas por Medellín. Desconocer la importancia de este discurso global y quedarse simplemente en críticas de naturaleza lingüístico-epistemológica es haber perdido el sentido de Igle-

sia, de proceso global, para caer en un academicismo que hace el juego a las fuerzas opuestas al proceso de liberación.

CAMBIOS EN EL CONTEXTO LATINOAMERICANO.

Ha quedado ya lejos el ambiente de euforia que reinaba en los años del 60. Las expectativas de una transformación de A.L. en una línea más socialista; en que los intereses de las clases populares fuesen decisivos, ha ido lentamente desapareciendo con el endurecimiento del régimen brasileño (fines del 68), con la ascensión de Banzer en Bolivia (1971), con el desmantelamiento de los Tupamaros en Uruguay (a partir de 1973), el fracaso de la experiencia chilena (1973), con la vuelta de los militares en Argentina (1976).

El "*modelo brasileño*" comenzó a dar sus primeros frutos de desarrollo, consiguiendo altos porcentajes de crecimiento del PIB, configurando el llamado "*milagro brasileño*". Este modelo ejerce un fuerte atractivo sobre los otros países. En articulación con el plan de desarrollo económico estrictamente capitalista, se implanta un régimen político de excepción, institucional, fuertemente autocrático, con un rígido control sobre todos los sectores de la nación.

A la efervescencia política de la década del 60 y comienzo del 70, sigue en general, en A.L., y de modo especial en el cono Sur, una época de estancamiento, de apatía en relación al mundo político. En varios países cesa totalmente la actividad de los partidos políticos. Es notable en distintos países el absentismo en las elecciones y la cantidad de votos nulos que aparecen. Las decisiones políticas son tomadas dentro del círculo cerrado del sistema militar-burocrático, sin participación alguna, ni siquiera -como en el caso del Brasil- del mismo partido del gobierno.

La relación Rockefeller presentará como solución para la extinción de cualquier movimiento transformador de las estructuras en A.L. el apoyo a los regímenes militares y una vigilancia estrecha sobre las actividades de la Iglesia. En varios países, miembros del clero, sacerdotes, religio-

sos e incluso obispos, son apresados, torturados y algunos pagan con la vida su compromiso con las clases populares y con actividades de liberación. Como símbolos de esto basta citar casos como el arresto de los obispos reunidos en Ríobamba en agosto del año pasado, el humillante secuestro de D. Adriano, la muerte de Mons. Angelelli en un sospechoso accidente, los asesinatos de sacerdotes en Argentina, Brasil, El Salvador, Guatemala. La Iglesia de A.L. comienza a conocer la persecución desde el momento en que asume una posición en el campo social, por parte de regímenes que se dicen defensores de la civilización occidental cristiana. La ideología de la Seguridad Nacional se transforma en ideología imperial americana mediante el "*National Security Act*" de 1974 y se implanta sobre todo en los medios militares de A.L. La insistencia en la seguridad del Estado, la comprensión de la sociedad actual como un antagonismo radical entre el occidente y el comunismo, la necesidad de defenderse a toda costa de cualquier enemigo, aun potencial, llevan a un estado de guerra permanente y estrategia total. De ahí que todos los sectores de la sociedad, todas las actividades culturales, políticas, económicas, religiosas deben estar bajo continua vigilancia para impedir cualquier infiltración del enemigo y resistir a todo aquel que se oponga de algún modo al proyecto nacional establecido por el régimen y que debe ser realizado a toda costa.

En mayor o menor grado, semejante ideología ha dirigido la acción del sistema en los distintos países de A.L., y ha producido muchos conflictos con la Iglesia, ya que su actividad ha aparecido ante el sistema como opuesta a sus intereses y consecuentemente como colaboradora del enemigo: el comunismo. Por eso la expresión "*infiltración comunista*" aparece frecuentemente en las declaraciones de los defensores del sistema para designar todo lo que no está de acuerdo con el Proyecto Nacional.

El interlocutor de izquierda, que desafiaba al Cristianismo en su comprensión de la realidad de A.L. y en su capacidad de hacerse presente en sus profundas transformaciones, ha salido del escenario público. La censura, generalmente férrea, lo ha proscrito, naturalmente sin resolver con ello

los cuestionamientos que presentaba a nuestro cristianismo y sociedad. A lo más se mantiene la discusión en grupos cerrados y restringidos. Con todo esto surge una nueva generación eclesial totalmente despreparada para cualquier diálogo serio y pertinente con el marxismo. Muchas de las preguntas y cuestionamientos que plantea el marxismo son respondidos con la represión y el control social, sin descender a un diálogo-discusión más profundo. Se trata de una protección externa, que si un día desaparece, dejará a los cristianos en situación difícil.

El proceso de censura influye en la misma creación teológica, provocando en los escritores una autocensura. Esto aparece sobre todo en el estilo, más escatológico, utópico, de afirmaciones generalizadas que se sustraen a posibles acusaciones de subversivas. Con ello pierden la precisión de una reflexión sobre prácticas concretas de la Iglesia. El miedo de entregar el oro al enemigo lleva a muchos a no publicar ricas experiencias de Iglesia, que podrían estar en la base de una teología más concreta, más comprometida. Cierta imprecisión y carácter abstracto del pensamiento teológico y de los documentos de la Iglesia Latinoamericana reflejan la autocensura, el clima de inseguridad y vigilancia que reinan. A pesar de todo, son de estos últimos años las declaraciones más valientes que jamás haya escrito una jerarquía regional.

En el seno mismo de la Iglesia, el ambiente de libertad y valerosas iniciativas surgido tras el Vaticano II, parece entubirse con señales de una regresión. Aparecen amenazas de condenación de las posiciones más avanzadas en el sector social, tanto de la reflexión como de la experiencia eclesial. Serios e importantes teólogos son puesto bajo sospecha, mediante claras o veladas condenaciones de instancias o miembros de la alta jerarquía de la Iglesia. Algunas experiencias eclesiales de base sufren restricciones.

Estos nuevos condicionamientos están ya influenciando la preparación de la Asamblea de Puebla. Desde 1972 el CELAM pasa a ser dirigido por miembros más moderados y conservadores. Tal cambio ha repercutido en la línea doctrinal

y pastoral de sus Institutos y órganos diversos.

El año de 1977 parece indicar que algo está cambiando en el cuadro que acabamos de describir, sobre todo en el campo político, reflejo de la nueva coyuntura mundial. Para expresar estos nuevos síntomas se usan términos como: "vuelta al estado de derecho", "redemocratización", "derechos humanos", "liberalización", etc.

El fenómeno es demasiado reciente para poder medir su alcance y las posibles consecuencias en líneas pastorales de la Iglesia. Sin duda que la nueva política norteamericana de los Derechos Humanos, aunque sea verbal, ha sido importante en una especie de catarsis de una conciencia profundamente cargada en los últimos años con tantos y tan graves escándalos nacionales. El propio sistema de seguridad norteamericano ha sido cuestionado a través de la publicación de sobornos, violentos crímenes contra hombres de estado de otros países, violación de las leyes fundamentales, etc. La invulnerabilidad de los hombres del poder coercitivo y de las agencias de inteligencia ha sido amenazada, y con ello ha sufrido la ideología misma de la seguridad. ¿Será esto cosa pasajera y la amnesia de los pueblos permitirá que dentro de poco todo vuelva a ser como antes?. O realmente la fuerza del pueblo norteamericano no soportará impunemente tales escándalos y la multiplicación de los Watergate? ¿Qué consecuencia tendrá esta revisión en los países dependientes que seguían con mayor o menor rigor la misma ideología? ¿Habrá significado una alarma sobre los riesgos que corren las naciones con sistemas de seguridad que pueden tornarse autónomos e independientes? La misma Iglesia norteamericana, cuya imagen nos resulta tan negativa en su conservadurismo, su riqueza, sus rígidas estructuras de parroquias y escuelas, sin casi conciencia de la problemática política y del alcance que tienen para tantas naciones las decisiones tomadas en su país, no estará también cambiando en la línea de una mayor lucidez crítica? ¿No será una prueba de eso la Conferencia "A Call for Action" de Detroit en octubre del año antepasado?. En ella un sector significativo de la Iglesia norteamericana se reconoce "cómplice de tantas injusticias cometidas dentro y fuera por causa de la aceptación acrítica del sistema social, económico y políti-

co en que vive"; y toma como opción "un compromiso solidario con los pueblos oprimidos y con sus luchas por la defensa de la vida humana en todas sus formas y por la creación de una sociedad más justa".

Precisamente esta polarización dentro y fuera de la Iglesia es la que está en el origen de nuestros temores y esperanzas respecto a la próxima Asamblea de Puebla.

TEMORES

Desde hace 13 años y principalmente en los últimos años, la Iglesia de A.L. viene sufriendo presiones y hasta persecuciones por parte de los regímenes militares, que se apoyan en la ideología de la Seguridad Nacional y se empeñan en un desarrollo económico que conlleva grandes sacrificios para las clases populares, al dejar para una etapa posterior el desarrollo político y social. Ante esta situación se refuerza dentro de la Iglesia Latinaamericana, y sin duda se ha de presentar como una posible opción pastoral de los obispos, la llamada "*tesis polaca*". Se trata de evitar cualquier confrontación directa con el Estado, procurando la Iglesia sobrevivir dentro de una política de "*buena vecindad*", con la esperanza de que lleguen tiempos mejores. Aceptando las limitaciones que el Estado le impone, especialmente en el campo social, procurará actuar en aquellos sectores en que goza de libertad: pastoral, doctrinal y sacramental. Podría incluso conseguir apoyo del Estado en un pacto implícito de respeto a las respectivas áreas de competencia, en que el campo socio-económico-político se entrega a la exclusiva competencia del Estado y el campo religioso al de la Iglesia. En los posibles puntos de fricción, la solución se encontrará en el compromiso, con concesiones de ambas partes. Como inspiradora de esta línea, estaría la política de la Santa Sede en los países católicos bajo regímenes comunistas. No podemos hacer aquí una crítica profunda de esta posición. Basta llamar la atención sobre el equívoco del análisis político subyacente y lo frágil del presupuesto teológico y pastoral. En los países comunistas el gobierno es anticatólico y no busca ninguna legitimación, ni explícita

ni implícita, por parte de la Iglesia. Esta no tiene nada que ver con las líneas económico-políticas del régimen. En A.L. en cambio los regímenes se autoproclaman defensores de la civilización occidental cristiana. El silencio de la Iglesia significa el reconocimiento y legitimación del carácter cristiano de tales gobiernos. Sólo una actitud crítica de la Iglesia puede evitar tal equívoco, que por otra parte parece bastante más extendido de lo que se puede pensar. Alguien ha dicho que bajo la "*tesis polaca*" subyace una concepción dicotómica de la fe y la práctica pastoral de la Iglesia, basada en una antropología también dicotómica. Por un lado el hombre religioso con su universo personal-social religioso, y por otra el hombre político con otro universo diferente. Y para cada uno de estos universos existiría una instancia orientadora, rompiéndose así la profunda unidad del hombre y de la historia.

La "*línea polaca*" se presenta bajo el signo de la apertura, comprensión, realismo estratégico, contra los radicalismos suicidas. Quiere ser la expresión del sentido común, en contraposición a los impacientes, exagerados, extremistas. Como es una posición que aparece como moderada, equilibrada, atrae fácilmente el consenso de las mayorías, ocultando así fácilmente sus presupuestos ambiguos e incluso falsos. Con todo existe otra posición, menos seductora por ser más clara y directa, que prefiere sin ambages colocarse de parte de los actuales sistemas, como verdaderos defensores del Cristianismo frente a la amenaza comunista. Asume la ideología dominante como legítima y correcta, y juzga que le toca a la Iglesia reforzarla con su presencia. Quizás los acontecimientos de los últimos años con las tomas de posición de los regímenes militares en el campo de la moral -aprobación del divorcio, política de control de los nacimientos...- y los excesos en la represión han servido para que los defensores de tal posición pierdan plausibilidad.

La tendencia modernizante y secularizante que nos llegó con la renovación conciliar ha traído muchos beneficios, especialmente para los cristianos envueltos en la problemática moderna. Precisamente trataba de responder a los problemas que la razón moderna y la valoración de la experiencia levantaba. En cambio, para el pueblo sencillo trajo,

por la falta de percepción de muchos agentes de pastoral, resultados negativos, al proyectársele una problemática extraña a su universo cultural. Los resultados negativos son analizados de modo diferente por los tradicionalistas y por los agentes populares. Ambos coinciden en el aspecto ambiguo y a veces negativo de ciertas consecuencias de la teología pastoral de la secularización. Esto puede ser ocasión de que renazcan proyectos conservadores, en la línea de mantener las estructuras tradicionales religiosas populares, sin ninguna crítica correcta a los efectos negativos de la pastoral secularizante de renovación, se puede querer volver a una pastoral de cristiandad, ya superada, en vez de dar un paso al frente en la dirección de una pastoral popular liberadora. La semejanza en la crítica no debe impedir la percepción de la diferencia en el análisis y la solución.

Una Asamblea Episcopal Latinoamericana no puede contentarse simplemente con algunos lugares comunes, sino que debe asumir una tarea pr^ofética que sea luz para las diferentes Iglesias en los próximos años. En este sentido existe el enorme riesgo de confundir elementos coyunturales con estructurales. Parece despuntar en A.L. cierto aire liberador, que está siendo favorecido por la coyuntura internacional y la nacional de diversos países. La esperanza que tal movimiento puede despertar no debe impedir que la Iglesia continúe lúcidamente en sus profundos análisis de las raíces que la injusticia tiene en nuestro Continente. La redemocratización puede y debe quizás ser una etapa importante y necesaria. Pero no puede con todo ser el final de un proceso, mientras las clases populares no puedan ellas mismas ser las creadoras de su propio proyecto liberador. Y las raíces estructurales que impiden a las masas populares asumir su propio destino en una relación dialéctica con los bienes materiales y simbólicos ya acumulados por los grupos y clases sociales, no pueden quedar fuera del análisis y consideración de los pastores de A.L.

Es innegable que en la última década ha habido un florecimiento de las comunidades eclesiales en los medios populares. Se ha redefinido en parte la conciencia de muchos de los fieles respecto de su posición dentro de la Iglesia. Se puede hablar con exactitud sociológica y teológica de una

Iglesia que nace del pueblo.

En esas comunidades populares el papel del laico va adquiriendo cada vez mayor importancia. El peligro está en una falsa percepción teológica de ese movimiento, procurando recuperarlo por medio de una reclericalización de esas comunidades. Las comunidades eclesiales de base en los medios populares representan una riquísima experiencia para la Iglesia, pero son una flor indefensa. Pueden fácilmente ser destruidas, tanto por fuerzas adversas a la Iglesia, como por fuerzas que provienen de su propio seno. Las directivas que vengan de la Asamblea de Puebla podrán ser para ellas un firme apoyo, o por el contrario una verdadera amenaza. De ahí nuestros temores.

La Iglesia Latinoamericana ha asumido últimamente con valor la conciencia de que vivimos en una sociedad conflictiva y que esto origina dentro de la misma Iglesia tensiones, luchas, sufrimientos, y la necesidad de tomar decisiones que pueden resultar chocantes para algunos grupos. Ha superado la concepción de una Iglesia situada frente al mundo como una instancia neutral, distinta y separada de él, para saberse mundo con la conciencia de ser sacramento de su salvación. No se trata de que este paso haya sido profundamente asimilado y difundido. Son pequeños grupos los que viven esto, pero sirven de fermento a la conciencia más amplia de la Iglesia, muchos de cuyos documentos ya la reflejan. Pero siempre queda el temor de una reversión.

ESPERANZAS

La mayor esperanza que despierta la nueva Conferencia es la reafirmación de la opción de Medellín: una Iglesia que se siente, que se quiere, que opta por ser del pobre y oprimido. No por razones políticas. Simplemente porque en la lectura de la Revelación y en el ejemplo de sus más grandes santos, ha comprendido la preferencia y predilección de Dios, de su Hijo Jesús, por los pobres y marginados. Y a partir de ese amor de predilección por los pobres, piensa todo lo demás, ama a todos los otros hombres, les presenta las exi-

gencias evangélicas. Toda su pastoral debe seguir siendo repensada a partir de los intereses evangélicos de los pobres. No se trata de una opción clasista en el sentido técnico de la palabra. Ni tiene un sentido de contestación como tal. No es porque los actuales regímenes de A.L. no representan los intereses de las clases pobres que la Iglesia se vuelve a ellos. La razón es evangélica; por tanto independiente de las coyunturas. Puede suceder que la gravedad y urgencia de tal decisión se imponga debido al carácter extremadamente grave de la situación de los pobres en nuestro Continente. Las oposiciones nacen no de una opción directa de la Iglesia contra los regímenes, sino de su predilección por los pobres, que consecuentemente la torna incómoda y cuestionadora para los regímenes que los marginan.

Esta opción global de la Iglesia en A.L. traerá como consecuencia la relevancia concreta de dos realidades: las comunidades eclesiales de base y la religiosidad popular. Medellín aportó perspectivas todavía embrionarias para la pastoral de masas. Las experiencias en este doble campo se han desarrollado mucho y necesitan de una reflexión a nivel latinoamericano. Los múltiples encuentros tenidos sobre estos temas manifiestan la riqueza que se va acumulando en este doble sector. Junto con esta problemática se plantea de modo agudo y delicado la creación de una liturgia que sea al mismo tiempo católica -expresión e interpretación auténtica de la gran tradición de la Iglesia- y vivenciable dentro de la cultura popular. El espacio de la liturgia se hace cada día más importante en el crecimiento de las comunidades de base. Y en íntima conexión con esta aculturación litúrgica nos encontramos con las exigencias de nuevos ministerios, nuevas estructuras eclesiales, superando los dos extremos de una rígida ortodoxia canónica y de una desestructuración de la Iglesia en sectas o eclesiolas domésticas.

Los medios de comunicación masivos están cada día transponiendo más las fronteras nacionales, creando la "aldea global". Desgraciadamente esto ha sucedido a costa de auténticos valores humanos y cristianos sacrificados a los intereses económicos internacionales, sobre todo norteamericanos. La mayoría de los programas en nuestra T.V. proviene de los E.E.U.U. sin cuidado alguno de aculturación. Así

las imágenes y los valores consumistas de una sociedad se difunden rápidamente en otras. Telenovelas mexicanas o brasileñas han tenido gran éxito en otros países de A.L. Sería el momento de que las Iglesias Latinoamericanas se organizaran en lo referente a la circulación de ideas, experiencias, riquezas de las Iglesias locales y comunidades de bases.

El próximo encuentro puede también ayudarnos, con los múltiples elementos traídos de tantos países diferentes, a configurar la fisonomía de la Iglesia Latinoamericana, en cuanto a su pastoral, su teología, su concepción litúrgica, como por ejemplo lo está consiguiendo la Iglesia africana, con un gran enriquecimiento para ella y para toda la Iglesia universal.

La Iglesia Latinoamericana está viviendo una gran oportunidad histórica: poder estar presente, con la conciencia evangélica explicitada por medio de un compromiso con las clases populares emergentes y portadoras de futuro, en el proceso de transformación radical del Continente. La esperanza es que no llegue al final de un proceso realizado al margen de la fe cristiana, y quizás contra ella, para tratar de salvar algún elemento, pero sin sentirse comprometida con él, consciente de los riesgos y peligros que corre. La Iglesia, que existe cuando hace Eucaristía, y que ve en ella el gran don de su fundador, deberá ser extremadamente sensible a todo lo que sea *"comunión"*, *"participación"*, *"acción de gracias en común"*, sobre todo en una sociedad en que las élites técnico-burocráticas se erigen en las únicas capaces de decisión, excluyendo toda otra participación. La Iglesia debe ser en A.L. la gran celebradora de la Eucaristía de la comunión, educando al pueblo para la participación a todos los niveles, a fin de que su destino sea asumido por él y no dictado por los intereses de pequeños grupos manipuladores de la sociedad.

Muchas otras esperanzas provocan nuestros sueños. Entretanto nos mantenemos a la espera de una Iglesia que sea más valiente en su compromiso de liberación con las clases pobres y oprimidas, más atenta a lo que el Señor nos habla

a través de las angustias, hambre, miseria de millones de hermanos nuestros. Una Iglesia que no teme la persecución, que no teme el martirio, que se siente llamada a ser fermento y sacramento de salvación dentro del proceso de transformación del continente. Iglesia que soporta dentro de sí misma las tensiones, las contradicciones, no queriendo esconder las tras un discurso simbólico e ideológico, sino que busca encontrar el consenso en la confrontación de las opciones, en el dejarse cuestionar por la revelación, en el poner como "*proton*" -primero- la realización del Reino de Dios, Reino de Justicia, de Paz, de Amor, y no su prestigio y poder.

Si esperar es creer en el amor, creemos en el amor de Dios a esta pobre y pecadora Iglesia Latinoamericana, que, como hijo pródigo, quiere volver a la casa del Padre en un gesto de arrepentimiento de sus connubios impuros del pasado. Creemos en el amor de nuestros pastores para con los pobres y oprimidos, predilectos de Dios y de ellos. Creemos que la caridad dará fuerza a los miembros de la Asamblea de Puebla para, a la luz de esta predilección, afrontar honestamente las soluciones teológicas y pastorales que traduzcan a la praxis esa caridad.

